

Venezuela y Colombia

El 5 de julio es el Día Nacional de Venezuela. El 20 de julio es el Día Nacional de Colombia. Entre uno y otros días, discurren nada menos que quince. Hermanos, los dos países comienzan a diferenciarse, desde el primer instante, por la oportunidad del nacimiento. La circunstancia se presta para reflexionar sobre el tiempo. Es el tiempo el que moldea, a su antojo, las individualidades. Y es el tiempo el que moldea las colectividades igualmente. Quedemos, pues, en que los dos países, a pesar de la hermandad, presentan diferencias profundas.

La primera de éstas la ha impuesto la geografía. Miremos, los mapas. Su elocuencia salta a la vista. Venezuela es, en las tres cuartas partes de su extensión, país plano. Entre el llano y la montaña, en Venezuela predomina el llano. Venezuela es llanera. Los Andes, que son su verdadera montaña, sólo ocupan el occidente. Colombia, por el contrario, resulta, en las tres cuartas partes de su extensión, montañosa. Colombia es país andino. Los llanos, que sólo ocupan el oriente, apenas cuenta ante las imponentes cordilleras. La diferencia es, como se ve, de magnitud. Y de consecuencias inapelables. Una cosa es la sicología del llanero y otra, muy diversa, la del montañés. Una cosa es la cultura del llano y otra, muy distinta, la de la montaña.

En tan diverso ambiente, se ha asentado, claro está, una raza. ("Es imposible determinar, dijo el Libertado en Angostura, a qué raza humana pertenecemos"). En Venezuela se han dado cita, desde el comienzo de la historia, tres razas. La india, aborígen, y la blanca y la negra alienígenas. La mezcla de las tres, que se produjo con singular tempranía, inspiró la sentencia de Bolívar. No sabemos qué raza somos. El más profundo de los mestizajes nos define. En Colombia apenas ha habido mestizaje: las tres entidades raciales sobredichas andan, a estas alturas, cada una por su lado. En la composición racial colombiana predomina el blanco originario de la alta Castilla, que el es tipo que estuvo en capacidad, desde la conquista, de enfrentar sin dificultades las bajas temperaturas de los Andes.

Por otro lado está la historia. ¿Qué personalidad destacada conquistó a Venezuela? No consta en ninguna parte. Nuestros conquistadores fueron hombres sin relieve especial. A Colombia la conquistó, de un solo golpe de espada y de pluma, el licenciado Don Gonzalo Jiménez de Quesada. Don Gonzalo Jiménez de Quesada, tal como suena, es el primer endecasílabo con que nacen las letras en el país.

La Guerra de la Independencia de Venezuela comenzó en 1810. Culminó, once años después, en Carabobo. Pero esto se dice pronto. La Guerra de Independencia venezolana fue, a todo lo largo y a todo lo ancho del territorio nacional, guerra a muerte. No dejó piedra sobre piedra. Un verdadero cataclismo. Cuando concluyó, el país era puras ruinas. En Colombia, si hemos de ser más o menos exactos y justicieros, la Guerra de Independencia fue regular. Comenzó, lo mismo que en Venezuela, pero duró dos años menos. La culminación fue Boyacá. La ruina resultante tuvo mucho menos cuantía que en Venezuela.

Como los dos países son hermanos, la república aparece en la misma ocasión: a partir de la disolución de la Gran Colombia, en 1830. El primer Jefe del Estado en Venezuela fue Páez. Un llanero de la más pura cepa. Todo un prócer de la independencia; pero, eso sí, carente por completo, como buen llanero y buen soldado, de luces. El primer Jefe del Estado en Colombia fue Santander. Un andino legítimo. Todo un prócer de la independencia en quien, como en Garcilaso y como el Jiménez de Quesada, la espada y la pluma anduvieron a la misma altura.

Don Francisco de Paula Santander, tal como suena, es el primer endecasílabo con que nacen las letras en la república. Una república inaugurada por Páez y una república inaugurada por Santander. Páez dio el ejemplo en Venezuela: todo ha sido personalismo, arbitrariedad, fuerza, violencia, improvisación, corrupción administrativa y de las otras. Consecuencia de todo esto fue la Guerra Federal, que echó por tierra lo poco que la de la independencia había dejado en pie. A Páez lo siguen, Soublette, los tres Monagas, el primer Castro, Falcón, Guzmán Blanco, Linares Alcántara, Crespo, Andrade, el segundo Castro,

Gómez, López Contreras, Medina Angarita, Pérez Jiménez. Las tres cuartas partes de nuestros presidentes de la República han salido del cuartel. En Colombia el ejemplo lo dio Santander: todo ha sido ajustado, en forma continua, a derecho. El Padre de la República es el Hombre de las Leyes. A Santander lo siguen Murillo Toro y Restrepo, Marroquín y Suárez, Núñez y Caro, Abadía Méndez y Mosquera, Olaya Herrera y López, Santos y Lleras Restrepo, Lleras Camargo y Betancur. Las tres cuartas partes de los presidentes de la República han salido de la Universidad y de la Academia.

El fenómeno no puede ser más curioso. En Venezuela hemos sido gobernados, predominantemente, por militares. Por militares salidos, no precisamente de la Escuela Militar, sino de la montonera. El santo patrón de todos es, claro está, Páez: un hombre que, de peón llanero, llegó a prócer y a Presidente. Los dedos de una sola mano nos resultan sobrantes para contabilizar nuestros gobernantes cultos. En Colombia hemos sido gobernados, predominantemente, por civiles: por hombres formados en las disciplinas universitarias; por hombres forjados en las experiencias académicas del escritor y del humanista. El santo que tuvo conciencia cabal de la Ley y que escribía como el más riguroso de los escritores. Los gobernantes militares son minoría.

De todo cuanto queda esquematizado, y que ahondaremos en nueva ocasión, se deduce la diferencia esencial entre los dos países. Nos referimos a la dirección nacional. Esta dirección, en Venezuela, ha sido siempre producto de la improvisación, la experimentación y el bandazo. Las pruebas podrían ser numerosas. Bástenos, por ahora, solamente dos. Una es la educación, que no va a ninguna parte: el venezolano es cada día menos eficiente y menos educado, otra es, para no irnos muy lejos, eso que denominamos el subdesarrollo. Un estado espiritual de desorientación completa. En Venezuela estamos hoy mucho más desorientados que en 1830, recién salidos de la in: dependencia, y que en 1865, recién salidos de la Guerra Federal. Como dijo Rubén Darío en poema famoso, "no sabemos adonde vamos, ni de dónde venimos".

La dirección que decimos, en Colombia, ha sido muy otra cosa. Nuestros gobernantes, cultos de veras en su gran mayoría, no es que hayan resuelto los grandes problemas nacionales; pero, eso sí: han tenido sentido perfectamente claro de lo que significa la conducción del país; de lo que pesa la tradición cultural sobre la actualidad; de la proyección que tiene el país sobre el porvenir; de la significación de los valores no mercables sobre el progreso de la colectividad; de los métodos, discutibles y todo pero seguros, con que hay que impulsar el desarrollo. En Colombia, en la inmensa mayoría de los casos, nos hemos sentido representados en verdad por el Jefe del Estado. Algo que se dice pronto; pero que tiene repercusiones de insospechada eficacia sobre el alma colectiva.

Venezuela y Colombia son, pues, países hermanos. Quién ha de negarlo. Nacieron a la independencia casi el mismo día: el uno el 5 y el otro el 20 de julio. Tienen la misma edad. Tienen y sostienen los mismos ideales. Pero una geografía y una raza y una historia y un modo de ser diferentes, radicalmente diferentes, los distinguen. Están condenados, así, a complementarse en la integración. El uno con esa especie de mamagalismo llanero permanente; y el otro con esa disciplina montañosa que lo destaca sobre el resto de Hispanoamérica. Una integración, en fin, que tiene que realizarse tarde que temprano a la sombra luminosa, como hermanos de leche que son Venezuela y Colombia, del Padre de la Patria.

Del Libertador, siempre presente, espada en mano, cada 5 de julio; cada vez más vivo.